

ACTUALIDAD

“Los primeros en sacar el cuchillo...” (Ensayo sobre la Violencia Social en El Salvador)

Por René Martínez Pineda
Docente Escuela de Ciencias Sociales
Universidad de El Salvador

DESDE EL PUNTO DE VISTA sociológico, hablar de violencia social implica, de suyo, enmarcar el problema en la lógica societal, tanto interna como externa, que condiciona sus causas estructuro-coyunturales; por ello, no se puede entender la violencia social salvadoreña, pongamos por caso, al margen del proceso de cambio cultural propiciado, particularmente, por la trepidante difusión cultural, directa e indirecta, así como no podría explicarse si se le excluye de la dihámica mundial de la globalización, en tanto proceso supravolento, en cuanto constituye un ataque frontal a las precarias condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población, sobre todo a través de la privatización de los servicios básicos (energía eléctrica, agua potable, salud, educación) lo que, más allá de la intencionalidad de lucro, se troca en una estrategia política que promueve, y mueve, situaciones de frustración y agresividad que se canalizarán entre los propios afectados, es decir, entre quienes dejan marcadas el mismo tipo de huellas en su paso por este mundo.

Asímismo, cuando la problemática de la violencia social se construye-reconstruye desde la perspectiva socio-

lógica (el hecho sociológico en sí y para sí) se empieza a transitar en el enmarcado campo del **control social**, por un lado; el de las inasibles relaciones de poder basadas en los ajustes económicos, sociales, culturales, ideológicos, y políticos, por el otro; y el de sus regularidades y raíces históricas, por otro más.

Lo anterior significa que la violencia social está presente en todas las facetas de la cotidianidad (llenándose en ellas de sus especificidades) porque en su interior se reproducen los patrones de comportamiento individual y colectivo, pero, tienen un referente común que las subordina: el sistema de vida, por lo que la violencia social, en última instancia, se subordina a la dinámica de la sociedad en la que se produce-reproduce y, al hacerlo, se convierte en un problema epistemológico. A esto lo denomino: **la subsunción real de la violencia social a la estructura social**, en tanto mecanismo que marca y remarca la división económica y geográfica de la población: lugares seguros, amplios y con una calidad de vida propia de la modernidad, versus lugares inseguros, reducidos e insalubres, propios del medioevo.

Establecer la combinatoria de esos tres niveles de análisis (desde la lógica

de la subsunción propuesta) nos lleva a una comprensión holística de la problemática, y a aprehenderla no tanto como un producto totalmente nuevo del momento actual (aunque sí sobredimensionado por la proliferación de medios de comunicación, que reducen el hecho noticioso a los actos de violencia ejecutados con lujo de barbarie), sino como una de las tantas expresiones de las carencias materiales y espirituales de una sociedad que sustenta sus aparatos políticos, económicos, culturales e ideológicos precisamente en eso: en la violencia (y su impunidad), tanto como ejercicio privilegiado del poder, como referente ideal e irrefutable del éxito inmediato.

La sociedad nos enseña, y enseña bien, que está hecha para los más fuertes, para los más agresivos, para los más listos, para los impunes, y eso, incluso, es practicado en actos tan sencillos como: colarse en un fila del Banco; ganarle el único espacio de estacionamiento a otro “más lento”; reinar a sus anchas en la calle porque se tiene un automóvil más grande; huir con rumbo desconocido con fondos del Estado, o de un accidente de tránsito; golpear a la mujer y los hijos porque son más débiles.

Basta con echar un somero vistazo a: la publicidad de las empresas de todo tipo; la propaganda política (de ayer y hoy); la agenda noticiosa de los medios de comunicación social (particularmente los noticieros de televisión amarillistas que son, por cierto, los de más raiting, junto a las películas cuyo monótono argumento es, siempre, la violencia por la violencia misma —en el lí-

mite de lo patológico-); el trato denigrante que reciben los trabajadores; y, también, a los contenidos amenazantes de los discursos religiosos, para darnos cuenta de lo anterior. Por tener, entonces, como principales víctimas a quienes la ejercen (la víctima es, al mismo tiempo, el victimario; el oprimido se convierte en opresor) y por estar propiciada por mecanismos externos que la promueven como parte de una lógica societal remota, la violencia social debe entenderse como: **violencia social alienante**, en tanto la manifestación concreta de su agresividad (al igual que las mercancías lo hacen en su ámbito en contra de los trabajadores) se vuelca contra el mismo que la produce, o padece.

Si bien la psiquiatría social podría proporcionar importantes y sustentadas explicaciones en torno a la violencia y agresividad social, a partir de clasificarlas como un estado de **demencia social** (que es, por definición, un estado de descompensación mental provocado por la crisis económica, la impunidad, la incertidumbre y la pérdida de la identidad cultural, que terminan generando en la población más vulnerable tipos variados de ansiedad y frustración) me parece que eso no sería suficiente, por lo que se vuelve un imperativo recurrir a la explicación sociológica, si es que se quiere: primero, comprender el problema más allá de su fenomenología; segundo, explicarlo más allá de los conceptos y juicios de valor; y, tercero, ofrecer propuestas de solución viables, eficaces, inmediatas y de largo alcance que, obviamente, superen las medidas basadas en la simple represión institucional: leyes más duras en contra de los propios afecta-

dos, o la militarización de la sociedad. Estas dos medidas son otra forma de violencia social, pues, al mutilar los derechos civiles de la población, como iniciativa de quienes aplican la justicia, se convierten en **violencia institucional**. Como hecho sociológico, entonces, esa omnipresencia de la violencia social -ese rito universalizado e incomprensible, por amplio y cotidiano- es una desesperada manifestación de la necesidad que sienten las personas de ejercer microversiones de poder (ser oprimido-opresor); de sacudirse la impotencia que genera el vivir en una sociedad que no sólo condena a la pobreza a la mayoría de su población, sino que, también, ha hecho de la coerción su mejor forma de sumisión, por ser la más barata y conocida. En medio de esa situación: la variable impunidad, porque de ella depende cualquier acto de violencia, tanto individual como grupal o empresarial. En este último sentido, encontramos que la violencia social y la injusta distribución de la riqueza se insinúan como directamente proporcionales, aunque dicha relación hay que verla como una tentativa de análisis-síntesis debido, sobre todo, a los componentes subjetivos que están inmersos en dichas variables. Sin embargo, los hechos -jugando a ser autónomos- se complacen en vincular ambas variables en la historia, por lo que lo menos que se puede hacer es estudiarlas de manera integrada.

Retomando esa perspectiva integradora, y sin profundizar demasiado, descubrimos que: América Latina es la región continental más violenta del mundo y, al mismo tiempo, es la que posee la más injusta distribución de la

riqueza (PNUD: 24). Así, de golpe, los datos nos insinúan que, ciertamente, debe existir una relación directa entre ambos fenómenos. Dentro de esa región continental, El Salvador es el país más violento y el que más injustamente distribuye la riqueza generada, aunque en el exterior se venda como “un país de oportunidades”, “un país feliz” que tiene “un gobierno con sentido humano”.

La pregunta, obligada por los siempre recientes, continuos y macabros hallazgos de, pongamos otro caso, personas mutiladas, es: ¿Cuál es la causa de tal desquiciada perversidad que hace sentir temor del país en que vivimos, de la tierra que amamos? ¿Desde cuándo se arrastra ese nivel de bestial criminalidad que hace de “Jack el Destripador” un alma de dios? ¿Cuál es la finalidad de tales hechos macabros, a parte de hacernos sentir temor de salir a la calle y ganas de pedir, a gritos, que militaricen (o vigilen) toda nuestra cotidianidad para que nos salven de nosotros mismos?

Andando, con pies de plomo, la historia del país para hallar algún indicio, un dato, una hez cronológica autenticada que me permitiera vislumbrar la raíz típica de la violencia social, en tanto forma de alienación, me topé con una serie de hechos macabros, lamentables, y harto rudos, a tal punto que creo que corresponde a los salvadoreños (y en general a los latinoamericanos) redefinir, reinventar y/o mofarse de la palabra “crueldad”. Y nos toca a nosotros redefinirla porque ejercemos un tipo de violencia que no tiene, aparentemente, ningún sostén doctrinario, sea éste religioso, ideológico o político. No hablaré de todo lo que escarbé con

asombro cierto, pues, no me bastarían cinco intentos para hacerlo, y, además, no tendría el ánimo suficiente. Consignaré sólo algunos de los hechos más crueles y cruentos, tomados al azar en el mar de muda crueldad que encierran los periódicos.

Hablemos de crueldad, primero, para luego hablar de sus raíces, en apariencia invisibles. “El 6 de marzo, por ejemplo, fue enterrado vivo (por su propia madre) un recién nacido en uno de los tantos solares baldíos de la ciudad de Sonsonate”. ¿Existe, acaso, mayor crueldad en un ser humano que sintetiza la experiencia cultural del amor y caridad de su sociedad? ¿Existe, acaso, alguna justificación —fuera de la nomenclatura psiquiátrica— para cometer tal delito? ¿Cuál es el nivel de agonía necesario que puede llevarnos a cometer tal acto sin el menor sentimiento de culpa? Lo históricamente tenebroso de este hecho es el año en que sucedió: **1965!!** (La Prensa Gráfica —a-: 4)

Otro poco de crueldad gratuita: “el miércoles 17 de agosto, por la tarde, fue encontrado en un barranco, del cantón San Pedro de Metapán, el anciano (y ciego) Celso Oliva, al que mataron —lanzándolo con las manos atadas con trapos— para robarle los pocos centavos que tenía” (El Diario de Hoy —a-: 6). ¿El año?: **1955**, es decir, diez años antes del hecho anterior. ¿Qué nos ha pasado para que usemos tanta crueldad (o seamos portadores de tanta insensibilidad social) contra nuestros semejantes? No cabe duda de que el pueblo salvadoreño es esclavo de una crueldad que lo lleva a agredir su foto, su espejo, pues, es el esclavo fiel e inconsciente de un régimen

económico que, como ley inexorable, lo explota y oprime desde que como tal surgió. Estando ambos hechos tan lejanos en el tiempo (no en el espacio) sería una simpleza creer que son producto de factores ajenos a la lógica político-económica del capitalismo, tales como: la crisis de valores cristianos, el trauma posbélico, o, hasta llegar a la vileza institucional de afirmar que la responsable es la familia, como si ésta fuese ajena a la sociedad.

Más crueldad: el **miércoles 30 de octubre de 1929**, la joven Juana Tobar fue ingresada de emergencia en el Hospital Rosales por haber ingerido veneno (un líquido rosado) frente a su hijo de 7 años a quien dijo: “esto lo bebo para morirme” (La Prensa Gráfica —b-: 4). El **sábado 19 de abril de 1947**, “a las 2 de la madrugada, una banda de ladrones anduvo forzando puertas y apedreando las casas de la Colonia El Bosque, San Salvador”, (La Prensa Gráfica —c-: 6). Esa banda delincuencial, si no hay datos anteriores similares, bien podría ser considerada como la raíz de las aparentemente nuevas bandas de asaltantes; el **lunes 30 de abril de 1973** se hizo la reconstrucción del crimen de María Isabel Rivas (residente en la colonia Atlacatl, apartamento 24, edificio 2) quien fue encontrada dentro de “una lata con orejas, de 30 pulgadas de altura y 12 pulgadas por cada lado, dentro de un saco de yute”, (La Prensa Gráfica —d-: 6).

La variable que ha estado presente en el tiempo-espacio de estos hechos violentos es el capitalismo y su institucionalidad de facto: el militarismo (que no se reduce, como la historia lo demuestra, a la portación de un unifor-

me) que, lejos de acabar con el problema, lo fomenta, lo solapa y, en el peor de los casos, ambas cosas cuando se obtienen de él ingresos financieros. Un 9 de junio salió publicado en el periódico lo siguiente: “SE HACE SABER que toda persona que se haga culpable del delito de robo (no el millonario, ni el político), pillaje (no el político, ni el empresarial), violación (no la patronal, ni la religiosa, ni la ideológica), homicidio o atentado contra el orden público (dentro del cual cabría, por cierto, la privatización de los servicios públicos) será pasado inmediatamente por las armas”... (1917) (La Prensa -a: 1). Se hizo saber, pero, nada cambió, porque ochenta y siete años después de tal publicación, dichos delitos son más recurrentes, llegando al límite de ser estructurales y, por ello, sustento de la reproducción del sistema. (Los paréntesis no son míos, pertenecen a la forma histórica en cómo se llevó a cabo la amenaza).

Este tipo de violencia social alienante (delincuencial) es destructiva –per se– ya que no tiene compromiso, ni futuro, ni producto histórico y, por eso, no es un problema real para el orden público, pues, más bien se comporta como un suicidio colectivo practicado ayer y hoy –para felicidad de la clase dominante– entre los grupos más pobres de la población, los que, de todos modos, están condenados a una muerte a pausas, entre unos estrechos y endebles muros tatuados por la frustración inevitable, por el ayuno, porque es en esos sectores sociales donde se puede observar, empíricamente, aquella relación directa entre violencia y pobreza, y porque, además, son ellos los que salen directamente afecta-

dos por la violencia institucional que ejercitan, con total impunidad, tanto el gobierno como los sectores económicamente dominantes.

Para aquella mujer que enterró vivo a su hijo recién nacido (tal como treinta y nueve años después se sigue dando) o para “José Narciso Ramírez (de 17 años recién cumplidos) que mató, en una pieza del mesón Zúñiga, al ofensor de su mamá” –**el miércoles 30 de octubre de 1929**– (La Prensa -b: 2), para ellos –decía– una desesperanza, una persona símbolo (la madre) u, hoy, un barrio, un predio árido, un tugurio, tienen la misma dimensión del universo, porque no conocen más allá de ese estrecho espacio sociocultural, debido a que se ha convertido en una cárcel adscrita de la que no se puede salir sin ser señalado por “los otros”. Al haber crecido en los últimos cien años las zonas de pobreza (cárceles adscritas que tienen como fe: a la persona símbolo; y como religión: el suicidio) la violencia social alienante se ha desdoblado igual, a tal punto que en el exacto minuto en que leen mis devaneos: un extraño, un familiar, un conocido, un niño o mujer (casi siempre) están sufriendo algún tipo de violencia social.

Esa violencia social alienante es un producto deliberado del aprendizaje cultural, ya que, de no ser así, no estaría omnipresente en los últimos doscientos años, marcando cada día la vida ajena, haciendo a la ciudad más remota e inmutable, adquiriendo la muerte como si fuera un necio amuleto que da poder. Así, el salvadoreño ha aprendido a ser un consentidor de la violencia que ejercen las personas o grupos sociales que él considera superiores. Así, también, el

salvadoreño ha aprendido a definir su mundo, a externar sus pasiones, a manifiatar sus ilusiones (sin las que una sociedad no puede despegar en términos culturales) y a tejer sus ideas, sobre la base de la violencia social alienante, debido a que desconoce, o le han hecho olvidar, cómo urdir y ejercer la violencia revolucionaria.

En ese aprendizaje cultural que puede ser directo o indirecto, el papel clave lo cumple la **contemplación social** (forma extrema que expresa la pasividad social) en tanto el individuo le presta atención a lo que contempla (y desea) y, en función de ello, viste su comportamiento: ser criminal **da poder** sobre los demás (basado en el temor, el mismo tipo de exacto temor que usan las dictaduras militares o económicas); hace **recuperar el nombre** (asume un protagonismo instantáneo y sin límites, sobre todo en la televisión que se vuelve su cómplice al obligarnos a todos a contemplar los hechos); y **da sentido de pertenencia a un grupo**, cuyo carné de filiación —su código de barras de la pobreza— es el tatuaje, el alias, el historial policial.

Si bien unos antropólogos afirman que para entender la cultura del siglo XX hay que tomar en consideración la TV, los restaurantes de comida rápida, los deportes y los videojuegos, yo creo que todo eso pierde totalidad histórica si no se enmarca en el sistema socioeconómico que, antes de la TV, los videojuegos y la comida rápida (“comida chatarra”) ya hacía de la violencia social alienante su látigo de control más exitoso —al menos en América Latina (con sólo dos revoluciones triunfantes, de las cuales sólo una se mantiene en pie)—. A inicios del siglo

XX no existía la TV, sólo estaba el capitalismo, sólo estaba la pobreza, la discriminación, el desempleo, el trabajo infantil, la falta de oportunidades, el militarismo, la marginación de la vida política, la falta de derechos civiles. Creer que la inseguridad ciudadana, la delincuencia, la agresividad social, la psicopatía vial, o la impunidad política y empresarial, son hechos nuevos (producto del pasado conflicto armado) que serán resueltos por la derecha política del país usando, pongamos un nuevo caso, “la súper mano dura” o la “ley anti-terrorismo”, es un simplismo, si es que no un insulto a la inteligencia que, en última instancia, lo que busca es patentar el fascismo posmoderno.

No... la violencia social, al ser un látigo de control —o un nivelador de la desigualdad de oportunidades y posesiones terrenales— es tan vieja, y cruel, como el sistema mismo; tan cruel como nuestra historia desmemoriada que nos hizo ser **los crueles más crueles del mundo**, “**los primeros en sacar el cuchillo**”, “**los reyes de la página roja**”, los Caínes sociales que matan, roban o descuartizan a su par socioeconómico, sólo por ser su espejo; sólo por ser su competidor directo en la lucha por la vida; sólo por ser alguien ante el cual se puede asumir fácilmente el papel de opresor, el que es cultural, hormonal y económicamente bueno, pues, así lo enseña la sociedad en todas sus estructuras, o porque así lo sentencia la sabiduría popular, el sentido común, en sus muchos refranes: “hijos míos, ahí los dejo... el más vivo que joda al más pen-dejo”.

Al ser el comportamiento produc-

to, en buena parte, de la contemplación social y de la desigualdad económica, resulta claro que la cultura es un distintivo no de “fulano” o “mengano” (por lo que a éstos no se les puede pedir que sean diferentes a sus pares fundamentales: “zutano” o “perencejo”) sino que lo es de las personas, en cuanto son miembros activos de grupos reconocidos (por los “otros”) y reconocedores (de “nosotros”). Así, la cultura (que tiene a la violencia social alienante como uno de los amoldadores del orden público y privado) se transmite en la sociedad y es, por ello, un sistema pautado: “tú te matas con tu hermano y te tiras a la desgracia plañidera, y yo militarizo tus sueños para que no perturben los míos”. Cada asesinato despiadado, cada robo impune, cada fraude millonario, cada extorsión de poca monta, nos recuerdan que la pobreza (la eterna noche) no se cansa de sedar el dolor y, con su milenar manto hediondo a azufre, pasa limpiando, como el río sucio que abraza a la ciudad de abajo, las piedras ensangrentadas por las manos que se escondieron tras las promesas que, alguna vez, les hicieron desde un púlpito o desde una plaza, o desde una pantalla de televisión.

Si la cultura es el acomodador de los trapos de la gente, tal parece que la violencia social alienante es el instrumento perfecto para que aquella pierda de vista al sastre que le hace los zurcidos (la gente le presta atención al efecto y no a la causa, a los centavos y no a los billetes). Por estar dominado (el pueblo) por un tipo de violencia social que es ejercida entre espejos, el comportamiento violento se muestra como el único medio que ofrece beneficios a corto plazo,

pues, le permite a las personas asumir un papel que la sociedad le ha vendido como válido para el éxito: ser opresor de quien se deje, “del que es más pendejo que uno”, dicen el ladrón y el político. Cuando hablo, entonces, de violencia social alienante, me refiero a un tipo de **violencia horizontal** que se produce como instrumento de control político-social, y se reproduce en el diminuto y compartido patio de los pobres.

Quien ejerce la violencia horizontal (o quien pudiendo evitarla, no lo hace) olvida la raíz estructural de su angustia y busca en la calle (en “su calle” llena de polvo, gritos mudos y esquinas sospechosas) pasar de oprimido a opresor: el cruel marido golpea a su mujer y sus hijos, porque no puede hacer lo mismo con el patrón que lo humilla, con crueldad; el maestro acosa a sus alumnos, porque no puede (no tiene valor) exigir un mejor salario o tapar su mediocridad titulada; el ladrón le roba los pocos centavos -ganados con sudor agrio- a los que, con él, comparten la miseria de su barrio; el marero mata a otro marero, ese mismo que, aunque es de otra clicca, porta el mismo enrevesado tatuaje: el de la desesperanza y el desempleo. El que el “guanaco” desempeñe muy bien su papel de oprimido-opresor con su espejo, con su gemelo, le ha merecido ganar el título (con el que nos amó Roque en su Poema de Amor) de “temible”; título que es más recio que el otro (el inventado por el patrón para que trabaje sin parar y sin ganar) que dice que es “el mejor artesano del mundo”.

En la víspera de la guerra con Honduras (1969) en Tegucigalpa, colgaron por todos lados estos carteles: “sal-

vadoreño, si te crees decente, por decencia abandona Honduras. Guanaco, si eres como la mayoría: ladrón, borracho, vividor, maleante, rufián: huye”. Obviamente, la mayoría de salvadoreños no son así, pero, el protagonismo principal de la identidad nacional lo tienen (porque el amarillismo así lo quiere y lo necesita) quienes son tal como el cartel lo denunciaba.

Las raíz de la violencia horizontal (al no venir del ayer más cercano, según nos cuenta la historia olvidada por la Historia) está asida a la exclusión económica y al autoritarismo que sufre la gente, la que después de quinientos años aún sigue creyendo que: “no hay mal que dure cien años...”. Y es que la contemplación diaria del hondo abismo económico tiene efectos explosivos en la interacción social, y ésta sólo sabe del vecino igualado; del pariente más pobre; del colega que gana menos o tiene un título menor; del extraño que camina cabizbajo por las mismas calles llenas de baches oscuros; del que pone en peligro nuestra pobre identidad o nuestros fieles fetiches: **el jueves 5 de mayo de 1929**, “para vengar insultos a su mujer (Audelia Ramírez), un hombre dio muerte —con una cuchilla de zapatero— a un tal Arturo Tobar, en el zaguán del mesón # 1, situado en el célebre “Callejón del Diablo” (La Prensa —c: 4).

De ahí que la violencia social alienante se convierta, por ser horizontal, en **violencia intraclasista**, y los árbitros (los señores que nos desapartan, mientras nos azuzan, para que sigamos peleando, tal como cuando niños decíamos: “el que escupa aquí primero”) son los políticos y los jueces y la policía, y éstos

no quieren resolver las causas de dicha violencia, porque que no afecta a la clase dominante, y porque, además, amamanta al dueño de los medios de producción que firma sus cheques. La violencia intraclasista —que sólo tuvo cierta pausa en los años 30,s y 80,s del siglo XX, cuando era **violencia transclasista o interclasista**— es directamente proporcional a la disputa del apellido perdido, al profundo contraste económico y, sobre todo, a las etapas extremas de duda política y crisis de comida. En esas etapas, el sentido de la injusticia social se opaca y, por ello, se incrementa la violencia en contra del vecino, a quien se le hace responsable por la dignidad amenazada, pues, “no se busca a quien nos la debe, sino a quien nos la pague”.

Así, cuando el sistema establecido logra que la agonía, que él mismo ha promovido, se convierta en violencia intraclasista, logra también minimizar, u ocultar, la discriminación económica sobre la cual duerme y, como plusvalía singular, impide que se estructure la **violencia revolucionaria**. Al respecto, es interesante darse cuenta que en los lugares que hoy (año 2006) hay más maras, son los mismos que ayer (años 70,s y 80,s) nutrieron de militantes al movimiento popular y a la guerrilla. Lo peor de todo es que la propia gente discriminada aprende, por desesperación, a discriminar a los suyos, en contra de quienes exige penas más duras (si son ladrones de poca ropa) o “mano dura” (si son sindicalistas luchando en contra de la privatización). Esa **discriminación de los discriminados** hace que la gente asuma que todos los pobres son ladrones (que no los de saco y corbata) y, por

eso, se guarda el dinero en medio de las escurridas tetas cuando viaja en bus, mientras permite (cuando le toca el papel de ser discriminado por el discriminador) que en los grandes almacenes le engrapen su bolsa para que no se robe nada.

La **discriminación** que nutre – ésta sí, con tetas rebosantes- a la violencia social alienante, horizontal (como lo ideológico de la exclusión económica) es **tangible** cuando la gente es tratada de manera desigual: la policía establece una diferencia de trato entre el que roba millones y el que roba cobre (el primero sigue siendo, en los medios de comunicación, “don fulano de tal”; y el segundo es “el loco”, “el directo”, “el sapo”, “el pupú de chucho”); es **intangible** cuando se oculta en leyes particulares, como la recién aprobada Ley Anti-terrorismo, o la Ley del Menor Infractor, la que no se lee cuando un “hijo de papi” provoca muertes por hacer carreras con sus amiguitos, ya que esas son –dicen, con una leve sonrisa en los labios- “cosas de muchachos”; es **corporativa** cuando la institucionalidad del país niega sistemáticamente la igualdad de derechos y oportunidades, tanto en lo individual como en lo colectivo; es **territorial** cuando los ricos llevan el riesgo médico-ambiental a las zonas pobres, donde se ubican, por decisión vertical: los basureros abiertos, las caóticas terminales de buses, los botaderos tóxicos, los anillos periféricos, los mercados municipales, la carencia del tren de aseo y del agua, las minas.

Esos tipos de discriminación generan, de oficio, violencia horizontal, ya que engalanan la agresividad y el senti-

miento de desigualdad social, el que se busca achicar recurriendo a la agresión, en tanto falso azadón compensatorio de la pobreza. La inocuidad de la violencia horizontal radica en que es: un acto sin plan ni doctrina histórica; una resistencia que, siendo pasiva y disfrazada, simula ser activa y diáfana; una agresión que, siendo individual, se maneja como grupal (nos asustan con los miles de pandilleros –que salen una y otra vez de la cárcel- y con sus absurdas estructuras orgánicas, que son más complejas, por cierto, que el organigrama del Vaticano o los mapas conceptuales de los técnicos del Ministerio de Educación). La infamia de esa violencia es que nos desanima a superar, de forma unitaria, los males: todo se deja en manos de las elecciones (el dios de la democracia capitalista) las que, otra vez -para salar nuestra herida- nos defraudarán, pues (lo dice la vida, no la teoría) toda posibilidad de acción democrática termina en las urnas, en la promesa (de más seguridad) ya que no se pone en juego el poder económico real: la Caja de Pandora.

Otro aspecto detrás de la violencia horizontal es la existencia de un Estado deliberadamente frágil y parcializado, en el sentido de que, por aquí, es incapaz de garantizar los derechos básicos de la población más vulnerable y, por allá, defiende con todas sus mañas ancestrales la bolsa de los millonarios (o la de sus fámulos) incluso cuando violan la ley. Esa fragilidad estatal incide en la promoción de la violencia y la delincuencia y, además, malea el respaldo que la gente pudiera darle a la construcción de un orden democrático, por cuanto que aquella (de la gente ha-

blo) se ve tentada a favorecer, dormida o no, soluciones autoritarias (de “mano dura”, de “anti-terrorismo”) ante la problemática social que genera inseguridad ciudadana, la que sólo es tal en el suburbio, por el momento. No es del todo absurdo pensar –aunque sea una especulación fácil- que desde el Estado se impulsa el caos social (la promoción de **disfunciones sociales** que exigirán **ajustes autoritarios**, al mejor estilo de Talcott Parsons) el que al tener como hijo espurio a la violencia social, agudiza la sensación cotidiana de inseguridad entre la gente, que opta por pedir medidas antidemocráticas –como el garrote masivo o la suspensión indefinida de sus derechos civiles- lo que redundará en una militarización de los problemas, tal como lo muestra el papel represivo de la PNC en los conflictos laborales y en las demandas comunales de agua potable, o la petición popular de que el ejército colabore en las tareas de seguridad pública.

Por eso, urge realizar un Taller sobre la Violencia Social que convoque a los científicos sociales, antes que termine por robarnos (privatizar) el futuro, al privatizar las oportunidades de supera-

no de dolor, por una utopía; una desesperanza, por un trabajo digno; una droga, por una ilusión.

CITAS HEMEROGRÁFICAS

El Diario de Hoy (a): publicación del miércoles 17 de agosto de 1955, El Salvador, Centro América.

La Prensa (a): publicación del 9 de junio de 1917, El Salvador, Centro América.

_____ (b): publicación del miércoles 30 de octubre de 1929, El Salvador, Centro América.

ción de nuestros niños y jóvenes. Resolver el problema de la violencia social en El Salvador, pasa por la concreción de los derechos humanos fundamentales de la población (salud, educación, empleo, vivienda digna) y por organizar-movilizar a la gente de las zonas populosas en entes formales (pasar de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, como una readecuación del pensamiento durkheimniano) para que consolide o busque un sentido de pertenencia, ese sentido que tuvimos cuando, hace muchos años, decidimos luchar por la utopía, que sólo ha muerto en la mente de los que cambiaron el ideal revolucionario por el cheque. Lo anterior le corresponde, como reto teórico, a los científicos sociales; y como reto histórico, a la izquierda salvadoreña, la que es –a pesar de los oportunistas y anarquistas que la minan, tal como hicieron en Nicaragua- la más cercana a las demandas y escrutinios populares.

Sí se puede cambiar el gesto epiléptico de la mano del “marero”, por el puño cerrado del revolucionario; el graffiti, por una bandera; un tatuaje lle-

_____ (c): publicación del jueves 5 de mayo de 1929, El Salvador, Centro América.

La Prensa Gráfica (a): publicación del 6 de marzo de 1965, El Salvador, Centro América.

_____ (b): publicación del miércoles 30 de octubre de 1929, El Salvador, Centro América.

_____ (c): publicación del sábado 19 de abril de 1947, El Salvador, Centro América.

_____ (d): publicación del lunes 30 de abril de 1973, El Salvador, Centro América.

PNUD. "Informe de Desarrollo Humano 2004", PNUD Edit. San Salvador, El Salvador, 2005.